

Los zapatos que calzamos. De la novela como revancha del historiador

Federico Lorenz
CONICET. Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", Facultad de Filosofía y Letras - Universidad Nacional de Buenos Aires
federicoglorenz@gmail.com

RESUMEN

El texto problematiza las relaciones entre historia, ficción y narración a partir de la experiencia del autor, historiador del pasado reciente y novelista. Analiza las relaciones entre la profesión, las memorias de la época y las diferentes demandas que quienes testimonian hacen a los investigadores. Sugiere la necesidad de explorar nuevas formas narrativas para potenciar estas cuestiones.

Palabras clave: Historia – ficción – memoria

ABSTRACT

The shoes that fit us. About novel as the historians' revenge

This text deals with the relationship between history, fiction and narrative departing from the experiences of the author as novelist and historian of the recent past. It analyzes the relationship between professional role, memories and the different demands that people who give testimonies pose to researchers. It suggests the need for exploring new narrative frames to empower those questions.

Key Words: History – fiction – memory

EN MEMORIA DE EMILIO SALGARI Y MARC BLOCH.

Si, es verdad: combatir a los fingidos gigantes es tonto; la gente sería se ríe de ello. Pero yo pienso también que combatir a los monstruos es una gimnasia útil, porque nos prepara a combatir a los monstruos verdaderos, y cuando llega la ocasión nos encontramos en condiciones de darles una buena paliza.

Emilio Salgari, Mis memorias.

I

Desde que publiqué mi primera novela, *Montoneros o la ballena blanca*, en 2012, pienso cada vez con más frecuencia que soy historiador por un equívoco que el tiempo ha consolidado. Que de buenas a primeras el niño que leía a Emilio Salgari amaneció (o en realidad atardeció) entre los grandes colegas que plantaron y consolidaron el campo historiográfico, tratando de parecerse a ellos, cuando en realidad lo que quería era prolongar el placer de la aventura. Su deseo profundo no era la comprensión del pasado, sino más bien que la lucha de Sandokan contra el imperio inglés no terminara nunca (al menos, hasta alcanzar la victoria); o que las mil docenas de huevos de Rasmussen no se pudrieran en el páramo helado del Yukon.

Cuando ese tipo de ideas me asaltan siento bastante vergüenza. Me pregunto si no estaré embaucando a una cantidad de colegas que efectivamente son historiadores. Que hacen las cosas bien, mientras que yo ocupó un lugar que tal vez no me corresponde. Pero ¿qué significa ser "efectivamente" historiador y "hacer las cosas bien"? Formalmente, una formación, un método, manejar ciertas reglas del oficio, poder exhibir la publicación regular en medios científicos, acreditar la participación en paneles y congresos, son toda una serie de instancias y títulos que certifican nuestra idoneidad. Pues entonces, me digo con alivio, lo soy. Cada vez que redacto un informe para el CONICET, que soy jurado en una tesis o integro un comité de referato, puedo palpar esa pertenencia.

¿Por qué, entonces, esa sensación de contrabandista? Porque este tipo de pensamientos en realidad vienen a mí desde la pregunta acerca del

sentido de la tarea, de esa vieja palabra llamada vocación. Esos planes, en consecuencia, tienen todo el sentido si se trata de comenzar esta reflexión acerca del momento de la práctica en el que estoy, atravesado por las hibrideces derivadas de mis inmersiones en la ficción desde la Historia y viceversa. Porque los motivos por los que me acerqué a ésta (la prehistoria de este historiador, si se quiere) tienen que ver no necesariamente con la necesidad de comprender el pasado, sino sobre todo con el amor por las historias y la curiosidad.

Este soliloquio quiere, sobre todo, arriesgar la idea de que esa incomodidad es en realidad un desafío para profundizar el malestar que me genera la (aparente) incompatibilidad entre mis deseos y mi práctica profesional, para definir mejor su complementariedad y su potencialidad tanto crítica como creativa.

El hecho de ser historiador y novelista, de cambiar de traje con una creciente frecuencia, ha producido que en el apuro las prendas de cada uno de ambos atuendos se hayan mezclado hasta formar un ropaje diferente. La camisa color Thompson combina bien con un piloto de Melville; unos pantalones a la Ginzburg pueden acompañar una remera modelo Soriano, y así al infinito. Lo mismo sucede con los apuntes y las lecturas guardadas durante años en los bolsillos de cada una de esas prendas. Pero como en definitiva lanzado a andar solo puedo estar en un par de zapatos cada vez, hoy prefiero imaginar que habito la tierra de nadie entre ambas profesiones, porque esa idea remite a lo que ambas prácticas comparten: la escritura. Emerge entonces una figura anfibia: aquel que es historiador no (solamente) por analizar críticamente el pasado sino, sobre todo, por contar (y recoger) buenas historias.

II

Cuando era chico fui un devorador de relatos de aventuras y otras ficciones. Los libros amarillos de tapa dura de la colección "Robin Hood" se alinearon junto a textos de Historia que llegaban a mis manos de distintas maneras, y que competían con la colección *Lo sé todo*, de Larousse, que a mis ojos de niño parecían efectivamente la suma del saber posible (esto acentuado, sin duda, por las magníficas ilustraciones de la publicación francesa). Muchos de esos textos históricos, vistos desde el presente, eran de dudosa calidad; otros, recomendados por los excelentes bibliotecarios de la biblioteca municipal *Manuel Gálvez*, en Córdoba y Montevideo, sobreviven como señeros. Pero con altibajos,

de una manera holística y acrítica, los relatos provenientes de la ficción y de la Historia construyeron en mi cabeza una visión única sobre el pasado que es la que organizó la atracción que yo siento por él hasta el presente. Se trata de un proceso que imagino común a muchos historiadores, pero sobre el que también creo que a la hora de analizar nuestro recorrido profesional tendemos a descuidar o dejamos de problematizar. Por el contrario, pienso que los mecanismos que se activan en nuestros años formativos –a través de las lecturas, o de los relatos de nuestros mayores– son decisivos a la hora de construir una forma de mirar el pasado que en un proceso de fisión, se articulará con cualquier formación académica posterior. Y que, en una suerte de reedición de *La llamada de la selva*, en determinadas condiciones, que me propongo desarrollar pueden aflorar en toda su potencia creativa y en su estado original.

Repasando esa prehistoria, encuentro que la principal atracción de estas historias y su permanencia en lo que podríamos llamar una manera de pensar históricamente, anclan en una gran curiosidad acerca del pasado pero, sobre todo, en lo que podríamos llamar unos sentidos para aproximarme a él. Me refiero a la consolidación de una mirada que, desde ese momento, se concentró en una sensibilidad particular (no "especial") ante lo que considero una estructura dramática de la historia, que subyace como un tramado a procesos históricos distantes en el tiempo y el espacio. No me refiero a un "hilo rojo", o no solo a él-, sino también a una estructura narrativa para pensar el pasado, y que lleva a prestar especial atención a las historias que lo organizan y a sus formas retóricas. Podríamos pensar en una "forma narrativa" en la clave de las *pathosformel* de Aby Warburg, esos "mecanismos sensibles" que aparecen en "fórmulas de expresión y representación" que constituyen "cadenas de transporte de formas en la larga duración".¹

Las novelas de aventuras, por otra parte, estimularon mi interés por ciertos valores y conductas sociales, que hoy, más académicamente, puedo traer a la luz más formalmente como el peso de las emociones y la subjetividad en la factura humana de la historia. En síntesis, en aquellos años, de una manera intuitiva, empecé a compilar una suerte de catálogo acerca de los motivos por los que las personas hacen las cosas. La confluencia, además, entre los motivos "personales" y los "ideológicos". Esto aparecía con una contundencia formidable en textos maravillosos, como por ejemplo *Gaspar Ruiz*, de Joseph Conrad: aún hoy conmueven los párrafos en los que un

1 Burucúa, José Emilio, *Historia, arte, cultura: de Aby Warburg a Carlo Ginzburg*, FCE, Buenos Aires, 2007, p. 29.

hombre transforma su cuerpo en una cureña por el amor de una mujer, y como ese acto de amor incide en las luchas por la independencia latinoamericana. A la vez, y no es menor, las novelas estimularon la propensión a la indignación frente a ciertas injusticias, que posteriormente alimentaron las preguntas que como historiador iba a hacer al pasado. La más notoria de ellas, las victorias de los poderosos sobre los débiles, ese ingenuo malestar frente al fracaso de los buenos, los nobles, los débiles, en un arco amplísimo que podía ir desde la prisión para insolventes de Marsalshea en *David Copperfield*, viajar en la cubierta del veloz praho *La Perla de Labuán* tripulado por los héroes malayos de Emilio Salgari, para llegar a la Tierra del Fuego de los cuentos del chileno Francisco Coloane, donde es la Naturaleza la que castiga los abusos, pero no la justicia de los hombres. Por otra parte, buena parte de los relatos que atraían mi atención tenían la forma de la narrativa épica, anclada muchas veces en historias vinculadas a la guerra, en este caso alimentadas por las historietas más que los libros. Personajes como el *Corto Maltés*, *Tin Tin*, *Asterix*, pero también los más populares de las historietas de Editorial Columba (*Gilgamesh*, *Dax*, *Nippur de Lagash*, *El Cosaco*, *Cabo Savino*) sin duda hicieron lo suyo al nutrir sus historias (y mi mollera) de personajes y procesos históricos. El peso de estas influencias gráficas no debe desdeñarse. Me pregunto cuántos, como yo, se sintieron extrañados cuando las imágenes históricas y las explicaciones históricas no coincidían con las aprendidas y aceptadas a partir de ese registro ficcional. Cuando, por ejemplo, el bajorrelieve de un legionario no coincidía con los dibujos de Uderzo, modelo para imaginar la vida cotidiana de Roma durante tanto tiempo. Aún recuerdo la “desilusión” sentida cuando constaté que el bello poema épico *Gilgamesh* poco y nada tenía que ver con los fascinantes episodios de Robin Wood.

Fue ese caldo de brujas el que me decidió a estudiar para ser profesor de Historia. Pero en ese tránsito, aprendí rápidamente a callar. A comienzos de la década de 1990, no había mucho lugar para ese tipo de aficiones y miradas en la formación (intuyo que no los hay hoy en día). Procesos, estructuras, de eso se trataba. Las batallas, los personajes, la misma narración, era parte del “positivismo” que había que desterrar. No se trata de (re)instalar una situación binaria acerca de una cosmovisión u otra, sino precisamente, como señalaba al comienzo, de lo contrario: explorar la potencialidad de las zonas grises entre ambos extremos.

Sin embargo, una vez que comencé a dar clases y a estar frente a adolescentes, las historias regresaron con gran fuerza. Descubrí que en tren de explicar procesos y estructuras, de plantear situaciones como problemas

históricos, si había algo con lo que yo lograba captar la atención de mis alumnos, era con historias, y con dilemas y situaciones dramáticas extraídas del pasado, bajo la forma de lo que podríamos llamar micro relatos que disparaban discusiones y un proceso que, como en las cajas chinas, me permitían llegar a una mirada más general. Un clásico, por ejemplo, la historia de los jugadores del *Dinamo* de Kiev, quienes a pesar de las amenazas de muerte salieron a ganar un partido de fútbol contra los ocupantes nazis. ¿Por qué habían jugado ese partido fatal? ¿Qué valores los movían? ¿Era correcto verlo como un *match* entre comunismo y nazismo? ¿Qué podíamos aprender, en las clases, de los matices entre la historia real y la versión con licencias de Eduardo Galeano? ¿Qué aprenden los chicos con este tipo de discusiones, que son tanto sobre la Historia como sobre su escritura? ¿Qué elementos del “caso” son los que inician su interés hacia ellos?

Aún los maestros alientan a seguir este camino. Como lo expresó Marc Bloch, cuya vida misma podría ser la base de una de aquellas novelitas de la infancia:

Tras los rasgos sensibles del paisaje, las herramientas o las máquinas, tras los escritos en apariencia más fríos y las instituciones en apariencia más distanciadas de quienes las establecieron, la historia quiere captar a los hombres. Quien no lo logre nunca será, en el mejor de los casos, sino un obrero manual de la erudición. El buen historiador se parece al ogro de la leyenda. Ahí donde olfatea carne humana, ahí sabe que está su presa.²

No deja de ser una interesante paradoja que en su momento fueran los textos de Bloch aquellos que esgrimidos desde la formación para impugnar la vieja historia narrativa, la historia de los acontecimientos y las batallas. Marc Bloch, combatiente en las dos guerras mundiales, resistente y mártir, que pidió ser recordado ante todo como un francés, que había combatido por su patria (otra de las ideas – fuerza vedadas desde el final de la dictadura militar).

La “prehistoria historiográfica” ficcional que describí en párrafos anteriores se fortaleció cuando comencé mi práctica profesional como historiador, basada fundamentalmente en el trabajo con entrevistas, dentro del campo que se conoce como historia oral. Desde mediados de los

2. Bloch, Marc; *Apología para la historia o el oficio del historiador*, FCE, México; 2001; p. 57.

años noventa, cuando comencé a entrevistar a veteranos de la guerra de Malvinas (1982) he pasado horas con ellos, así como con sobrevivientes de la dictadura, militantes, trabajadores, y familiares de desaparecidos. Durante años me dediqué –me dedico– a una de las actividades más antiguas de los seres humanos: escuchar. Y de alguna forma, prolongaba entonces ese placer por las historias. Porque se trataba de paladear lo que me contaban, de escuchar con atención para retener la esencia que, además de datos, se traducía en sensaciones, en muchos casos, como las de las viejas novelas.

Esas sensaciones se asociaban a pasiones y emociones. De esta manera, muchas veces, para expresarlas, mis entrevistados las condensaban en episodios en los que una cierta situación dramática les permitía materializarlas y volverlas comprensibles para el historiador. Para Remo Bodei las emociones, los sentimientos y los deseos “tiñen el mundo de vivos colores subjetivos, acompañan el desarrollo de los acontecimientos, sacuden la experiencia de la inercia y de la monotonía, dan sabor a la existencia a pesar de la incomodidad y los dolores. En consecuencia, condicionan las formas de participar en el quehacer histórico, envuelven en una densa mixtura con razonamientos, lógicas y convicciones, las acciones de los seres humanos. Esto era lo que yo encontraba con gran frecuencia en las entrevistas que realizaba para mi investigación: el peso de elementos “irracionales” en las acciones históricas, de los que yo debía dar cuenta y explicar en un formato “racional”, el del texto histórico.

¿Cómo hacerlo? Voy a proponer un ejemplo de las maneras en las que en el trabajo de escritor he combinado ambos espacios, el de la historia y el de la ficción. En primer lugar, hablaré de la tarea del historiador, a partir de un trabajo reciente en el que me ocupé de la historia de una agrupación sindical de trabajadores navales durante la década de 1970.³

III

José María Alesia era un obrero naval a quien sus compañeros apodaban “Cara Antigua” debido a sus gruesos bigotes, que lo hacían parecido a los retratos de personalidades de la generación del ‘80. Trabajaba en los astilleros Astarsa, de Tigre. Murió a finales de mayo de 1973, como consecuencia de las quemaduras que sufrió mientras trabajaba en la soldadura del casco de un barco en construcción, el “Ceibo”. Mientras

³ Lorenz, Federico; *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*; Edhasa; Buenos Aires; 2013.

agonizaba en el Instituto del Quemado, en Buenos Aires, algunos de sus compañeros tomaron el astillero en protesta por la falta de medidas ante el accidente, como parte de un plan de lucha que desarrollaban desde finales de la década de 1960. La toma fue contemporánea a la asunción de Héctor Cámpora, y tuvo una gran resonancia política, ya que sirvió como una “prueba” acerca de las respuestas que el gobierno daría a los reclamos obreros. Fue liderada por un grupo de militantes sindicales que, tras la muerte de Alesia, crearon una Agrupación a la que le pusieron su nombre (Agrupación Naval Peronista José María Alesia) que se identificó con la Juventud Trabajadora Peronista (creada también en 1973), el frente de masas sindical de los Montoneros, la guerrilla peronista.

La Agrupación se transformó en un referente de las luchas obreras de la zona, y en blanco de la represión paraestatal y estatal entre 1974 y 1978. Esto se debe a que la combatividad de sus integrantes fue un ejemplo dual: para otras fábricas, marcaban el camino a seguir, mientras que para las patronales y sus adversarios de la “burocracia sindical”, eran un modelo que debía ser erradicado y combatido. Por otra parte, para los Montoneros los trabajadores combativos de los astilleros fueron la posibilidad de extender su influencia sobre los trabajadores, en un contexto de violentas disputas con el ala sindical del movimiento peronista.

Durante la década del setenta, muchos trabajadores jóvenes se unieron a la Agrupación como militantes. Uno de ellos fue Carlos Morelli, *Carlito*, que llegó a ser el delegado suplente del líder de los trabajadores navales, el *Tano* Martín Mastinu (desaparecido en 1976), un referente sindical a quien apodaron en su época “el Tosco de la Zona Norte”. A lo largo de su vida como trabajador naval y militante sindical, Morelli participó del clima de movilización y violencia de la época, y vio caer asesinados, desaparecer o partir al exilio e incilio a muchos de sus mejores amigos y compañeros. El mismo Carlos debió abandonar el astillero, en vísperas del golpe militar, cuando la conducción zonal montonera los conminó a dejar el trabajo o militarizarse. Carlos Morelli nunca más trabajó como obrero naval, experiencia que aun hoy recuerda como constitutiva de su vida.

Para escribir mi libro sobre esas historias, durante diez años, acaso un poco más, investigué tanto sobre la historia de “los navales” que en ocasiones me pareció que yo también era parte de ella. Tenía todos los componentes para atraparne: un objeto histórico poco trabajado, la posibilidad de un trabajo detectivesco sobre las fuentes y los testimonios,

pero también, la carga dramática de una historia cargada de una épica cotidiana, construida a partir de un hecho fundacional como fue la toma de fábrica. Sobre todo con *Carlito*, Carlos Morelli, terminé haciéndome muy amigo. Durante muchos meses, su casa fue mi base de operaciones en la Zona Norte. Su escucha y su compañía, los contrapesos muchas veces necesarios para un trabajo difícil. Sus evocaciones, el contrapunto con mis abstracciones. Con su ayuda recorrí Tigre y San Fernando, navegué frente al viejo astillero, visité el Rincón de Milberg, conversé con hombres que hoy trabajan en otros talleres, y que en muchos casos no sabían nada de lo que había sucedido allí hacia treinta años.

Una mañana de uno de los tantos sábados en que lo visitaba, *Carlito* me hizo un regalo. Me acompañó al auto con un bulto bajo el brazo, y antes de saludarnos, con alguna incomodidad, me dijo con sencillez:

-Podríamos ser amigos, pero creo que no lo somos. Por nuestra edad, podría ser tu padre, pero tampoco. De lo que no me cabe duda es de que sos un compañero. Esto es para vos.

Y tras esas palabras, envueltos en una bolsa de supermercado, todavía manchados de barro, duros y algo ajados, me entregó sus zapatos de trabajo, los mismos que se había sacado en 1976. Con ese gesto, Carlos Morelli puso blanco sobre negro el lugar en el que muchas veces quienes abren sus vidas al investigador colocan a los historiadores: aquel de la responsabilidad de hacer algo con su dolor, con sus recuerdos, pero también –y sobre todo– con la historia de una lucha. Se trata del desafío de hacernos responsables del lugar que ocupamos en los procesos de transmisión, y de sus posibles consecuencias. Para el tema que nos ocupa, renueva la pregunta acerca de qué hacer, de cómo contar, la historia que había escuchado y de la que me habían hecho parte con ese regalo - mandato.

IV

En una de las entrevistas que hicimos, Carlos hizo una suerte de balance de su experiencia:

Lo que pasó antes del golpe fue una locura hermosa. Del golpe en adelante fue una locura espantosa. Y lo que está pasando ahora es que la tenemos clara, algunos siguen luchando desde su lugar, o remontando ese barrilete que no remonta ni en pedo porque no tiene cola (...). Seguimos yendo a las marchas, y cuando volvemos en colectivo nos baja la cana bajo la lluvia, y somos unos viejos chotos que todavía

estamos dándoles vueltas. Y que sabemos que es medio al pedo seguir yendo a una marcha que no te dan pelota. Y entonces yo recién ahora entendí lo que decían los muchachos en el '74, '75: 'esto se lo sacás a los tiros o no se lo sacás. Esto no te lo van a largar gratuitamente. Esto no lo largan, se lo tenés que sacar. Y no se lo sacás yendo a caminar, se lo sacás yendo a golpear'. Recién ahora lo entendí, veinticinco, veintisiete años después. Recién ahora entendí a los muchachos, me llegó tarde.⁴

La anticlimática derrota, el peso de las pérdidas, no alcanzan para ocultar el impacto de una experiencia de felicidad colectiva. Otro de mis entrevistados, Luis Benancio, se preguntó en el prólogo a *Esos claroscuros del alma*, el libro de un antiguo compañero sobre la militancia en los astilleros:

¿Por qué, durante ese tiempo, fuimos distintos? O sea, distintos en nuestras vidas, distintos en cómo veníamos armados desde atrás, de antes. Y siempre me pareció que la respuesta adecuada era esa humanidad que habíamos logrado desplegar entre nosotros. Que fue una búsqueda permanente de algo parecido a la felicidad, y que para nosotros, no tenía sentido si no era compartida.⁵

La reflexión de Carlos, la pregunta de Luis, son los extremos de las tensiones que yo sentí a medida que mi mochila se cargaba con sus historias, para engrosar la mía. ¿Por qué esa felicidad imborrable debía quedar tan por debajo de las capas de dolor y frustraciones posteriores? ¿Por qué no podía vivirla yo también, y de ese modo, prolongarla?

No es menor en nuestro trabajo el peso de las demandas que nosotros entrevistados nos realizan. La escucha genera un compromiso y una responsabilidad que tramitamos de distintas maneras. Para quienes trabajamos temas relativos a la violencia, se agrega al peso de historias atravesadas por la muerte, la derrota, el duelo en muchos casos irresuelto, la frustración. ¿Cómo canalizar esos sentimientos, que eran tanto de los entrevistados como del historiador? La posibilidad de incluirlos en una narración volvió con fuerza frente a esas dos constataciones: la de la de-

4 Memoria Abierta; *Testimonio de Carlos Morelli*; Buenos Aires, 2003.

5 Díaz, Rubén; *Esos claroscuros del alma. Los obreros navales en la década del '70*; El Sueño; La Plata; 1999; pp. 5 y 6.

manda, y la de la necesidad de canalizar esos sentimientos que excedían las posibilidades que el registro histórico me ofrecía.

Algo me perturbaba: a pesar de los muertos, del impacto de la derrota, del limbo de las desapariciones, de las ausencias y de los silencios, lo que yo había escuchado era una historia sostenida por una épica. No la de las lecturas infantiles, ni las de los relatos patrióticos, revolucionarios o partidarios. Las historias, en su conjunto, tampoco encajaban en los modelos narrativos para explicar “los setenta” y “la dictadura”. Lo que me generaba incomodidad, concluía, era que los testimonios de los navales se enfrentaban con las narraciones más generales que los colocaban solamente como víctimas del terror estatal. En la trama de historias recopiladas y construidas durante las entrevistas, se adivinaba una épica de la solidaridad, sencilla, barrial, acaso la del mero “aguante”. Ellos, me lo decían mis oídos, mis sensaciones, mis memorias, me estaban contando, también, una aventura. En términos formales, pero también, desde su experiencia histórica: desde la historia que habían elegido para recordarla.

La idea de una novela creció con fuerza a partir de estas constataciones. Pero también, ante la idea de que yo quería confrontar con ciertas miradas dominantes sobre el pasado que en líneas generales volvían pasivos a los actores. Yo quería, desde el relato ficcional alimentado por la investigación histórica, devolverles la agencia, los distintos grados de control que tuvieron sobre sus situaciones. El resultado fue una novela llamada, como mencioné al comienzo, *Montoneros o la ballena blanca* (Buenos Aires, Tusquets, 2012) en el que todos mis recursos como investigador se pusieron al servicio de volverla verosímil. Lo que yo contaba en esa historia debía ser, sobre todo, creíble: *podría haber sucedido* porque mis protagonistas ficticios eran tanto eso como personajes históricos, en el sentido de que los había amasado desde mi conocimiento como investigador. De a poco, entonces, regresaba a esos tiempos iniciales en los que la historia y la ficción se combinaban de manera sugerente, sin límites conceptuales o metodológicos.

Montoneros es, entre otras lecturas posibles, una novela de aventuras, y ese registro del que no reniego es el que me permitió “devolverles” a mis personajes la agencia. Y era, de alguna manera, también un relato épico: una épica de la derrota, o como me marcaron en algunas críticas, “cierta idea cada día más discutida del coraje argentino”, o la emergencia de una “épica peronista”. Pero era, también, la posibilidad de ajustar algunas cuentas con el pasado y proyectar el linaje de mis entrevistados, prolongar su experiencia en el presente desde el que escribía. La novela fue para

mí, también, una forma de que ellos tomaran revancha sobre la historia que los había obliterado, o, lo que es más interesante desde un punto de vista político, de que yo la tomara en su nombre, reinstalándolos en el tiempo.

¿Cómo sucede esto? En la historia ficticia, un grupo montonero, que militaba en la Zona Norte del Conurbano (al igual que los trabajadores navales) se reúne tras el desbande de 1976 “porque no pueden dejar de ser otra cosa”, y planean una operación contra la dictadura que los vuelva a agrupar. Si bien ese primer intento fracasa, emprenden un viaje al Sur argentino, para encarar una aventura que no solo les permita seguir la lucha contra la dictadura sino, sobre todo, reencontrarse con lo que nunca pudieron dejar de ser: militantes políticos. En el camino, en Patagonia, se reencuentran con un antiguo compañero que se había apartado de ellos cuando redujo la represión, y que les pide que les deje sumarse a su expedición. En un capítulo titulado “Recién ahora” narré el siguiente diálogo entre los protagonistas de la novela y el compañero con el que se reencuentran:

-Muchachos, yo no sé qué van a hacer, pero llévenme con ustedes.

No le contestamos. Sólo se escuchaba el ruido del motor, y el viento soplando en ráfagas que atravesaban el camino.

-Gari, vos sabés que a mí no me gustaba lo de los fierros. Viste las discusiones con los muchachos cuando hablaban de encuadrarse y de las prácticas de tiro -el Cara Antigua miraba fijo hacia delante como si en el parabrasis estuvieran pasando una película solo para él- Cuando la burocracia mató a Valverde yo les dije que nos iban a empezar a cazar como a pajaritos, que en eso del ojo por ojo llevábamos las de perder... Y empezaron a aparecer nuestros muertos... Yo tuve miedo y me abrí.

-De la JTP Navales no quedó casi nadie, compañero -acotó el Gari haciendo como que prestaba atención sólo a la ruta. Era lo más parecido a un reproche.

-Sí, es cierto. Antes del golpe de marzo ya habían matado a varios, al Negro Álvarez, a Mesa, al Titi, a Valverde, a esa maestra, ¿te acordás? Rosita... Si yo los fui a buscar cuando aparecieron quemados en Moreno. Y después mataron al padre Pancho, que hizo la misa por ellos. Parecía que no iba a parar nunca. Me abrí, sí. Tenía miedo, y no entendía lo que hacíamos.

El camión dio un barquinazo, y el Cara Antigua suspendió por un instante la salmodia de una historia que conocíamos por otros compañeros, de otras fábricas.

-El día que los milicos rajaron a la Isabel llegamos al astillero y estaba lleno de colimbas con camiones y tanquetas. Se apostaban en la guardia de entrada y con las fichas de personal te paraban, te comparaban con la foto y los datos que tenían. Cada tanto a alguno lo subían a los camiones. Uno preguntó por qué se llevaban a un morocho, y le contestaron que por delegado. Entonces dijo que si era así a él también se lo tenían que llevar. Hacía dos días que lo habían elegido. Y te revisaban todo, y siguieron los pesados de la CNU y la Triple A en la planta, trabajando como encargados de personal.

-Debe de haber sido jodido...- el tono del Gari había cambiado.

-Jodido, sí... No podías ni respirar. Al barrio de Rincón la gente le puso "el barrio de las viudas". Yo seguí laburando hasta el 78, después ya no se aguantaban ni el miedo ni los controles y me vine para acá a hacer de chapista. Yo era calderero y esto de emparchar tanques de nafta es una boludez. Cada tanto alguno te pide una reja también. Pero hasta el mundial, antes de irme, te ibas enterando de cómo caían los demás. Seguíamos yendo a tomar vino al bar ese del Canal, El Refugio, pero era insoportable porque todos sabíamos y todos nos hacíamos los boludos... el Huguito... el Tano y su cuñado... a Marras lo balearon con su hija en brazos, mientras trataba de escaparse por el río. Boncio, el Carbonilla, La Fabiana, Toledo... Sus familias rajadas, sin un mango, los pibes en la calle, los canas manoseándoles a las mujeres en la comisaría... Y el Macaco, Gari, el Macaco. Para qué me habrán contado.

-¿Qué le pasó?

El Cara Antigua no escuchaba. A los costados, el terreno que bordeaba el camino era de alquitrán. El parabrisas reflejaba su rostro perdido, y en él, como si la película ahora fuera para nosotros, empezó a dibujarse la historia terrible que contó:

-El era un fanfarrón, ¿te acordás? Era tan poronga como los otros, y se pasó cacareando que cuando le cayeran los milicos les iba a soltar los perros, que los iba a correr con los perros. Se ve que el dato le llegó al Ejército. Cuando lo fueron a buscar, se tiroteó escondido en un monte cerca de Mestrina hasta que se le acabaron las balas,

y entonces lo agarraron. Lo llevaron a Campo de Mayo, cada tanto lo sacaban y lo llevaban a la Comisaría de Tigre, se alternaban para darle. Dicen que cobró más que el resto, que les daba bronca que se la bancara.

-Era bravo el Macaco -dijo mi compañero.

-Se lo comieron los perros, Gari. Estaba herido, estaba arruinado por la tortura, y le cortaron los garrones para que no pudiera caminar, para que anduviera de rodillas y se lo comieran los perros. Se lo comieron los perros... Los muchachos tenían razón. -El Cara Antigua hacía esfuerzos por no llorar, pero se le quebraba la voz.

-Acá yo estoy solo, muchachos. Se de fierros, de mecánica, quiero ir con ustedes.

-Calmate, loco, que ahora estás entre compañeros. Yo voy a hablar con el General - le dije palmeándole la espalda. Pero no me escuchaba.

-A veces, a la noche, me parece que escucho los ladridos de esos perros. Tardé todos estos años en entender lo que los muchachos decían. Esto no se les quita de buenas maneras. Estos tipos se cagan en una huelga, te barren. Esto no te lo largan así nomás... No van a dejar así sus privilegios. Mirá lo que nos hicieron...

Un zorrillo se cruzó entre el camión delantero y el nuestro, y por un segundo los faros rebotaron en sus pupilas dilatadas, que nos estudiaban con atención.

-No les voy a fallar esta vez, compañeros. Lléveme con ustedes (...)
-Al Tano yo le decía que los fierros iban contra la política sindical, que nos iban a hacer boleto. Que había que profundizar el activismo entre los compañeros, organizarse, hacer medidas de fuerza. Pero tenía razón él... Todo este tiempo tardé en darme cuenta de lo que decían los muchachos... Todo este tiempo, negro.⁶

Los lectores atentos habrán descubierto varios puntos en común entre la historia de los trabajadores navales que esbocé en párrafos anteriores, así como entre las de *Carlito* y el *Cara Antigua*, a los que hice confluir en el mismo personaje literario. El monólogo del *Cara Antigua* en el camión, y el pedido a sus compañeros de volver a engancharse para

6. Lorenz, Federico, *Montoneros o la ballena blanca*; Tusquets; Buenos Aires; 2012; pp. 237-240.

acompañarlos era la posibilidad de que Carlos Morelli, en la ficción, materializara lo que en el testimonio que habíamos recogido había expresado como una ucronía; el descubrimiento tardío de que quienes “tenían razón” eran los que ya no estaban: los compañeros asesinados con quienes había discrepado por su metodología de lucha, y de quienes se había alejado por temor. En mi novela, los vivos y los muertos saldaban esa discusión, y continuaban su lucha.

La escena revierte el testimonio de Carlos Morelli, trabajador naval. La historia ya no es un “barrilete sin cola”, sino que le permite reparar lo que considera un error desde el futuro de su derrota. Denuncia la matanza de algunos compañeros, la persecución y el terror vividos, pero la de una nueva oportunidad. A bordo de ese camión en Patagonia, mi amigo Carlos tenía la posibilidad de reencontrarse con sus compañeros, arreglar sus diferencias y rehacer la historia. El *Cara Antigua*, víctima de un accidente y símbolo de la lucha, resucitaba en el relato y dejaba de ser el joven horriblemente quemado en el accidente de 1973.

V

Estimo que este tipo de tentaciones narrativas son más probables en un espacio como el de la historia reciente, donde las fronteras entre los vivos y los muertos se diluyen y el papel de la subjetividad, siempre presente en la Historia, se torna más evidente por la interacción con las fuentes, que muchas veces son personas vivas que nos apremian con sus demandas y sus afectos. Pero me interesa destacar la relación que puede haber entre el recurso escogido para materializarlas (la ficción), el objeto de estudio (el pasado reciente), la mirada del historiador, y su bagaje cultural, su formación primaria como lector de ficción. Los canales a partir de los cuales se procesa ese pasado y se prolonga esa historia escuchada, criticada y reescrita son los más sedimentados y los que “despiertan” ante la pulsión de la memoria.

Hay una visión sobre la Historia que se realiza –o más bien encuentra otra forma de expresión– en esta posibilidad de apropiación. Aquel que expresaba Edward Thompson en un párrafo conocido que da comienzo a su trabajo monumental sobre la formación de la clase obrera en Inglaterra:

Trato de rescatar al pobre tejedor de medias, al tundidor ludita, al “obsoleto” tejedor en telar manual, al artesano “utópico” (...) de la

enorme prepotencia de la posteridad. Es posible que sus oficios y sus tradiciones estuviesen muriendo. Es posible que su hostilidad hacia el nuevo industrialismo fuese retrógrada. Es posible que sus ideales comunitarios fuesen fantasías. Es posible que sus conspiraciones insurreccionales fuesen temerarias. Pero ellos vivieron en aquellos tiempos de agudos trastornos sociales, y nosotros no. Sus aspiraciones eran válidas en términos de su propia experiencia; y si fueron víctimas de la historia, siguen, al condenarse sus propias vidas, siendo víctimas.⁷

Describir a los actores en su contexto es una forma de evitar la prolongación de su derrota, y a la vez de mantener la pregunta acerca de las injusticias que denunciaban y enfrentaron. Es probable que el recurso ficcional, el relato, sea un vehículo más eficaz para dejar vigentes este tipo de preguntas que la crítica histórica. Desde el punto de vista de su eficacia pedagógica, por caso, esta dicotomía debe ser relativizada. La narración puede ser eficaz si mantiene viva la curiosidad y la pregunta, si alimenta lo que José Luis Romero llamó la conciencia histórica. Por otra parte, y en refuerzo de esta idea, hay una falsa dicotomía entre la explicación y la narración. Todo relato interpreta, al organizar los hechos; al mismo tiempo, para explicar quien escribe, necesita narrar, anclar en personajes.

Si bien es cierto que en la ficción podemos hacer hablar a los muertos, y aludimos a esta posibilidad como una forma de revancha, esto no deja de ser, precisamente, el límite mayor entre la Historia y la novela. El escritor Virgilio Piñera evoca, en una imagen de una dolorosa belleza, los límites que hay a la “revancha ficcional”. ¿Cómo enfrentar la mortandad masiva de las aves? ¿Cómo explicar esa hecatombe?:

El único modo de escapar al hecho ineluctable de la muerte en masa de las aves, sería imaginar que hemos presenciado la hecatombe durante un sueño. Pero no nos sería dable interpretarlo, puesto que no sería un sueño verdadero.

Sólo nos queda el hecho consumado. Con nuestros ojos las miramos muertas sobre la tierra. Más que el terror que nos procura la hecatombe, nos llena de pavor la imposibilidad de hallar una explicación

⁷ Thompson, E. P.; *La formación de la clase obrera en Inglaterra*; Crítica; Barcelona; 1989; Tomo I; p. XVII.

al monstruoso hecho. Nuestros pies se enredan entre el abatido plumaje de tantos millones de aves. De pronto, todas ellas, como en un crepitar de llamas, levantan vuelo. La ficción del escritor, al borrar el hecho, les devuelve la vida. Y sólo con la muerte de la literatura, volverían a caer abatidas a tierra.⁸

Esa posibilidad de hacer que las aves vuelvan a levantar vuelo que tiene la literatura de ficción, vedada por los límites de nuestro oficio de historiadores, nos regresa al mundo de la reparación desde la novela. Pero en tanto pensamos históricamente aun cuando la escribimos y la imaginamos, no se trata de que en una novela histórica podamos “decir literariamente” algo que “no pudimos decir históricamente”. Se abre, más bien, la pregunta acerca de la necesidad de pensar en un registro de la escritura posible y eficaz para una nueva épica, en el que historia y ficción confluyen en el espacio común entre los vivos y los muertos, y en el que la revancha, acaso la victoria, sean finalmente posibles.

*Recibido: 5 octubre 2014
Aprobado: 15 noviembre 2014
Versión Final: 4 diciembre 2014*

⁸ Piñera, Virgilio; “La muerte de las aves”; en Brasca, Raúl y Chitarroni, Luis (selección); *Textículos bestiales*; Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos; Buenos Aires; 2003.